

ble", "la universidad sólo iluminará el día que la incendien" o "los muros tienen la palabra".

Neoyorquino o europeo, más icónico o más verbal, esta distinción del *graffiti* no deja de ser una convención. Por encima de cualquier distinción, en el fondo, escribir en el muro entraña una transgresión, ignorar los cauces oficiales de comunicación. Bien sean apasionadas declaraciones de amor, mensajes de colectivos preocupados por toda clase de injusticias, reivindicaciones de trabajadores o poemas existenciales, lo común a todos ellos es un uso de la escritura que hace gritar a los muros.



Qué se escribe, quién escribe, a quién le escribe y dónde se escribe son las coordenadas en las que se quiere situar este paseo por las escrituras expuestas que llamamos graffiti. Así como el lector participa en el significado del escrito, será el

espectador quien, con sus apreciaciones y sentimientos le brinde a esta muestra sus significados. Una exposición que comenzó en las paredes de la ciudad, que allí continúa y que invita a compartir con el espectador la provocación a la lectura y a la escritura de nuestros muros. Ellos tienen la palabra.

ACTIVIDADES

Martes 8 de Marzo, 12:00 horas
Realización de Graffiti

Miércoles 9 de Marzo, 12:00 horas
*Conferencia: «El Graffiti en el
Espacio Universitario»*
Fernando Figueroa Saavedra Ruiz
Doctor en Historia

Jueves 10 de Marzo, 12:00 horas
Video-fórum: "Pinto luego existo"

GRAFFITI
Una mirada histórica

Organiza



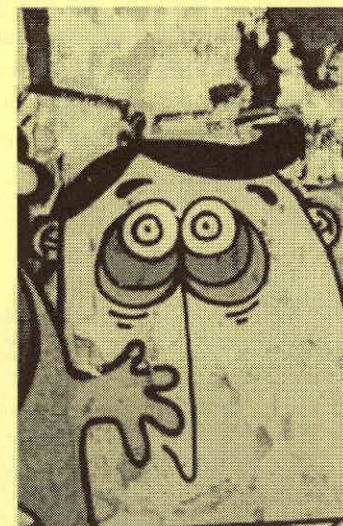
SIECE

SEMINARIO INTERDISCIPLINAR
DE ESTUDIOS SOBRE CULTURA ESCRITA
DEPARTAMENTO DE HISTORIA I Y FILOSOFÍA



Universidad
de Alcalá

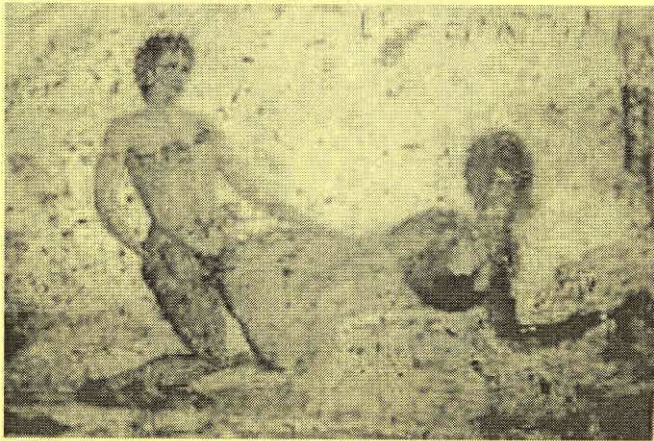
GRAFFITI
Una mirada histórica



Colegio de Málaga
2 al 20 de marzo de 2005

Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Alcalá

La profusión del *graffiti* en nuestras ciudades actuales es de tal calibre que ha llegado a convertirse en parte del paisaje urbano. Compite en ubicuidad con los mensajes publicitarios y su apropiación de soportes que no estaban previstos originalmente para albergar escritura, despierta en la ciudadanía interés o rechazo pero de ningún modo indiferencia. No obstante, la naturalidad con la que aceptamos, o detestamos, esta forma de comunicación, no debe hacernos caer en el error de pensar que el *graffiti* es un fenómeno única y exclusivamente contemporáneo, propio de nuestro tiempo y jaleado especialmente por el cine, la cultura hip-hop, los movimientos contraculturales y los partidos políticos que merodean por los márgenes del sistema. Pintar en las paredes es una costumbre documentada desde la Antigüedad clásica hasta nuestros días, si bien no siempre ha sido igual de frecuente ni tan intensa como en las últimas cuatro décadas.



El *graffiti* tiene una larga historia a sus espaldas. Corría el siglo V antes de nuestra era cuando mercenarios griegos de servicio en el antiguo Egipto dejaron sus nombres escritos sobre una estatua de Ramsés II y en el templo funerario de Seti I en Abidos. El célebre comediógrafo Aristófanes menciona las escrituras en muros en algunas de sus obras. Entre los pueblos pre-

romanos de la Península Ibérica era común que los visitantes de los santuarios inscribieran sus nombres y votos a la divinidad en las paredes. Durante la alta Edad Media, los peregrinos cristianos tampoco pudieron resistirse a dejar constancia de su fe en los muros de las catacumbas. Otro tanto hicieron los prisioneros en la torre de Londres o en el campanario de la Seo de Mallorca. Y así sucesivamente en otros muchos lugares y situaciones a lo largo del tiempo.

Fenómeno universal y de toda época, el *graffiti* ha florecido con inusitada fuerza sobre todo en las últimas cuatro décadas. Además de las muchísimas motivaciones que pueden desembocar en él hay una muy clara: no existe un medio de expresión más barato y con un público más amplio y variado.



Dentro de la historia más reciente del *graffiti* Nueva York por un lado, y el mayo del 68 francés, por el otro, son los hitos más importantes a tener en cuenta. En las postrimerías de la década de los se-

sado los trenes y estaciones de Nueva York comenzaron a verse invadidos por una firma que decía "TAKI 183". Taki era el alias de un joven que, por su trabajo de mensajero, debía recorrer todos los días la red del suburbano de la ciudad y una mañana comenzó a dejar su marca allá por donde pasaba. El 183 que cerraba su firma era el número de la calle donde vivía. A TAKI 183 pronto le salieron muchos émulos en busca

también de su pedacito de gloria. Los *tags* o firmas empezaron a inundarlo todo. Lo importante era "dejarse ver" lo más posible porque cuanto más visible fuera un tag mejor reputación tenía su autor. En un principio el *graffiti* neoyorquino también tuvo una función territorial. Las bandas marcaban su espacio y los chicos de barrio escribían cosas para sus amigos o sus enemigos; sin embargo, el metro continuó siendo la "pieza favorita" porque, una vez dejada la marca, los trenes se encargaban de pasearla por toda la ciudad a la vista de los innumerables viajeros. En 1975 se dio un nuevo paso al aparecer el primer *whole car*: un vagón entero lleno de *graffiti*. La cultura del aerosol era tan imparable, a principios de la década de los setenta, que la autoridad responsable del metro de Nueva York



(la MTA) ya se había gastado más de 150 millones de dólares en brigadas de limpieza.

En paralelo a lo acontecido en Norteamérica, Europa vio el desarrollo de un tipo de pintada menos icónica y más verbal, adquiriendo las pintadas político-sociales un papel predominante. El mayo del 68 francés es posiblemente el caso más conocido, y que dejó perlas todavía hoy recordadas como el "prohibido prohibir", "ser realistas: exigid lo imposi-